Eclipse en Malasaña
Una Zarzuela Negra

Retablo gótico-castizo en 39 actos

Todo (o casi todo), lo que aquí acontece, está narrado en presente de indicativo, un presente amplio, turbio y esférico como una pecera de cristal ahumado.

En esta pecera caben diversos hechos acaecidos (o no), en distinto lugar y tiempo, hechos que aquí se concitan y apretujan en un presente metafísico que está más allá de todo análisis racional.

Cualquier similitud entre los personajes y personas reales no es una mera coincidencia, sino una sentida admiración por estas últimas, así como una jocosa búsqueda de la provocación.

Todo lo que aquí se ve y se lee ha estado enloquecidamente dando vueltas en mi cabeza durante años. Entiéndase, pues, este libro, como una purga de esas visiones que deben dejar espacio a otras futuras —y no por ello más razonables—, ensoñaciones.

Villa de Madrid, invierno de 1888

¿Qué es un eclipse sino el desconcertante intervalo de sombras entre dos momentos de esplendor lumínico? Pero, ¿se puede asegurar que la luz anterior al intersticio es la misma luz que la posterior? Tal vez haya algo que las diferencie; mientras que la luz anterior es gratuita, ordinaria, y puede que hasta despreciada por cotidiana, la posterior al eclipse es una luz recobrada, esplendente, nueva. La luz de *después* es un regalo.

I. PRIMERO

Siniestro

Yace muerto Siniestro en medio de la Calle de Monteleón, tendido boca arriba, vislumbrando un último eclipse velado en rojo sangre. Yace muerto, o quizá se trata de un desvanecimiento ataviado de muerte. Hace apenas un instante Siniestro se acaba de asomar por una grieta en el muro que encierra el jardín de las Salesas Reales, una grieta que desde hace tiempo atrae fervorosamente su atención. La grieta se halla oculta tras el cartel del circo *Splendeur Grotesque*, si bien un rasguño en el papel permite la contemplación del interior. Siniestro pasea a menudo frente al muro y permanece largo tiempo con la mirada perdida en el prodigioso abismo de esplendor y quietud que el otro lado ofrece. Pero hoy no se ha asomado a la grieta llevado del irreprimible anhelo de desintegración que la visión del vergel provoca en él, sino impelido por la lectura de un revelador manuscrito hallado en una taberna. Tras el muro, en un rincón del pequeño jardín sembrado de rosas y jacintos, fuera del ángulo de visión que permite la grieta, se entabla un duelo a pistola. Una bala confusa ha enfilado la grieta y ha encontrado el ojo extasiado de Siniestro. El izquierdo.

II. SEGUNDO

Eclipse

Junto al cuerpo tendido de Siniestro, negras lágrimas bañan el rostro de Eclipse. Un ciervo joven apuñalado en el vientre no vertería tal abundancia de ardiente oscuro líquido como el que de sus ojos mana.

Su faz limpia y diáfana, en ocasiones —con una inescrutable frecuencia precisada sólo en los antiguos calendarios—, se ensombrece, se enturbia, inexorablemente se oscurece; y en su contorno, un halo de hiriente esplendor escapa al cerco de sus facciones apagadas, un halo que ciega a quien, imbuido por su seráfica belleza, lo admira.

Eclipse, como un sol de medianoche, irradia una sombría luminiscencia; su luz de azufre deslumbra con afilada oscuridad, con oscuridad hechicera. Mirarla de frente es algo vedado al ojo profano.

Y no es el deseo de amarla lo que hace estremecer; es el deseo de morir dulcemente en el resplandor de su fuego oculto. El enigma de Eclipse muestra, a quien lo resuelve, el secreto de la eternidad.

III. TERCERO

Siniestro

El rostro de Siniestro se muestra adusto, como el de quien busca y no halla. Es un joven sin propósitos ni quehaceres, carente de actitud y perdido en las callejas del barrio de Malasaña; perdido, en realidad, en el laberinto de su baldío existir. La desidia devora sus escuálidos arrestos, avanza a la deriva con absoluta inapetencia por cuanto le rodea. Cada instante de su vida es un paso que le acerca al precipicio de la derrota definitiva.

En su extraviado merodear Siniestro encuentra con frecuencia, tiradas por el suelo, hojas de color malva desvaído con poemas manuscritos. El estilo de lo escrito le es vagamente familiar, casi reconocible. Al llegar, sin habérselo propuesto, hasta la verja de la Biblioteca Nacional, en el Paseo de Recoletos, se siente impulsado por una primera y desconocida chispa de "voluntad", como si una brocha invisible hubiese aplicado una mano de barniz sobre su alma desportillada. ¿Podrá en este magnífico edificio cotejar sus cuartillas con los libros adecuados? Este momento crucial supone para Siniestro el hallazgo de una fisura en el muro de la enojosa indolencia en la que vive cautivo.

IV. CUARTO

Poe

"¿Eres en verdad un ángel que, tras las tinieblas, atenúa su refulgente hermosura por no cegar con ella mis ojos fatigados? ¿O eres tan sólo un sueño con el que ha querido Dios aliviar el anuncio inapelable de mi destino funesto?"

Edgar lleva cinco días en un hospital de Baltimore; muchos creen que son los últimos del atormentado epílogo de su vida.

Una mano radiante, de aterciopelada tersura, tendida lánguida y serena, le es ofrecida al moribundo.

Edgar, como arrastrado por un río desbordado, abandona en la sábana del lecho la huella tibia de su cuerpo, y parte, de la mano bondadosa de Eclipse, a un mundo para él desconocido, hacia las viejas tierras ignotas del sur de Europa, escapando en el postrer instante de la locura, del delirio, de la extinción de la llama de su pobre alma calcinada.